

Esta batalla anticipada a la libertad

Los *Poemas* de Ana María Ponce escritos en la ex ESMA



Matías Farías*

Ana María Ponce era maestra, poeta y militante de la Juventud Peronista. Fue secuestrada en julio de 1977 y se la vio con vida por última vez en el verano de 1978. Estando cautiva en la ex ESMA, escribió. Los papeles con sus versos y notas fueron conservados por Graciela Daleo, sobreviviente de la ex ESMA. Luego se los hizo llegar a su familia y fueron publicados en forma de libro por la Secretaría de Derechos Humanos en 2004 y en 2011. Ambas ediciones llevan como prólogo unas palabras de Néstor Kirchner, compañero de militancia de Ponce en la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN).

Mariana Onyszkiewicz, estudiante de la carrera de Producción y Gestión Audiovisual de la UNPAZ, eligió trabajar sobre los textos de Ponce en la materia Pensamiento Social Argentino y Latinoamericano, cuyo programa giró en torno a los cuarenta años de democracia. Armó un guion y luego grabó un podcast conmovedor sobre estos poemas.

Los poemas de Ana María Ponce documentan el genocidio en la Argentina, la pretensión del “poder desaparecer” de reconfigurar de raíz las relaciones sociales para aniquilar una parte de la identidad del pueblo. Esa pretensión de “totalidad” se reveló en las dos formas más extremas, pero no las únicas, que produjeron los militares argentinos para perpetrar el genocidio: la desaparición de personas y la apropiación de niñas

* Profesor de Pensamiento Social Argentino y Latinoamericano en la Licenciatura en Producción y Gestión Audiovisual de la UNPAZ.



Ana María Ponce.

y niños. La desaparición implicaba no solo quitar la vida, sino también arrebatarle la muerte a las personas detenidas. Así se privaba a sus deudos de oficiar los ritos funerales tendientes a inscribir a sus muertos en la historia de la comunidad, como ocurre cuando a través de una lápida se resume el paso por la historia de nuestros seres queridos. La apropiación de bebés y niñas y niños también apuntaba a borrar la identidad de padres e hijos, alterar filiaciones, interrumpir la transmisión de una historia.

Sin embargo, ningún poder es omnipotente, ni siquiera aquel que se presenta como total. De hecho, si tiene que ejercerse de ese modo, es porque hay y habrá resistencias. Pilar Calveiro, sobreviviente de los centros clandestinos, sostiene que “la realidad, y el campo como parte de ella, genera de manera constante las líneas de fuga y los dispositivos que disparan contra el núcleo duro del poder y contra sus segmentos, abriendo brechas dondequiera” (2008). Siguiendo esta idea, podemos decir que los poemas de Ana María Ponce, además de documentar el genocidio, revelan las formas de resistencia que se ejercieron contra el “poder desaparecedor”.

En un dispositivo organizado alrededor de tecnologías que apuntaban a cosificar y deshumanizar a las personas (por eso se les quitaba su propio nombre y se les asignaba un número, se las vendaba para que pierdan toda noción espacio-temporal o se las ubicaba en espacios tabicados para impedir su contacto con compañeros en cautiverio), escribir poesía resultó un acto que desafió esas condiciones desde la propia materialidad de la palabra.

Es posible leer en estos poemas un movimiento que da cuenta del modo en que el trabajo con la palabra significó ejercer una resistencia y abrir un espacio para la repolitización. En una primera instancia, este movimiento oscila entre la constatación de un cuerpo que ha sido transformado en cosa y el hallazgo de un sí mismo que se ubica en el límite de la identificación con ese cuerpo apresado:

No me mientan
detrás de mí
espera el fin
Me miro los pies
están atados
Me miro las manos
están atadas
me miro el cuerpo
está guardado entre paredes.

Sin detrás ni después, uno de los peores suplicios que infringe el campo parece ser la disolución del tiempo, un presente absoluto sin proyección ni retrospectiva o un tiempo sin historia. Aun así, en el mismo momento en que el poema constata la cosificación del propio cuerpo, una flexión hecha con palabras comienza a urdirse. De hecho, el poema comienza con un “No” que tiene la forma de una réplica hacia una voz otra, más acá o más allá de la propia mismidad. Esa voz a replicar trae palabras ilusorias, mentirosas, como una fuga idealista del campo, como si con ellas se pudiera eludir los efectos que produce el lugar de detención y desaparición. Leído retrospectivamente, el “no me mientan” de Ponce cuestiona lo que vendrá: el sostén idealista de la democracia argentina, la idea de que es posible sacarse, como si fuera un ropaje, la experiencia concentracionaria.

Que no haya posibilidad de una “fuga idealista” no quiere decir que no exista resistencia o que el campo lo haya absorbido todo. La flexión introducida por el “No” se prolonga, entonces, en la reiteración de un pronombre personal: “me” miro los pies, “me” miro las manos, “me” miro el cuerpo. Se vislumbra en el poema, entonces, una “mismidad”, un sí misma, y el trabajo con la palabra consistirá en explorar si esa mismidad ha sido también cosificada, si ha sido también ella tomada cautiva. O más: desaparecida. ¿Podrá el poema alumbrar una mirada no cosificada desde el cuerpo cosificado? Si pudiera, no sería para negar ese cuerpo cautivo (ello sería una fuga idealista), sino para que desde ese mismo cuerpo pueda liberarse una fuerza que le permita triunfar sobre la cosificación que le fue infringida. Todo el poema se juega alrededor de este problema, e insiste:

Que no me mientan,
detrás de mí,
están los recuerdos,
la simple alegría de vivir libre.
Detrás de mí,
quedó un mundo que ya no me pertenece...
Me miro los pies,
están atados.
Me miro las manos,

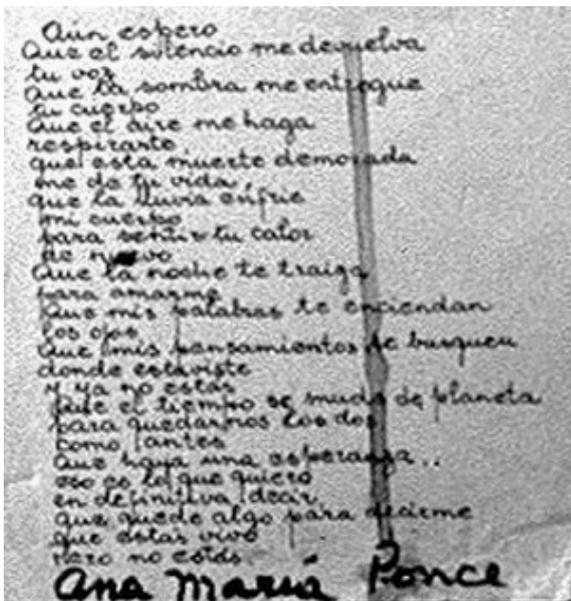
están atadas,
me miro el cuerpo,
está guardado entre paredes,
me miro el alma,
está presa...
Me miro, simplemente
me miro y a veces
no me reconozco...

En el tiempo sin historia que los detenidos-desaparecidos debían experimentar, todo parece ser parte de una misma serie, de un mismo ritmo, de una repetición sin salida. El poema vuelve sobre los versos anteriores y los repite. ¿Una repetición sin diferencia? Ese sería el cierre perfecto de la estructura represiva, un literal no más allá de la propia totalidad monstruosa así engendrada. Sin embargo, incluso en la reiteración, algo comienza a desplazarse: los recuerdos, el mundo. Aun cuando al ser evocados se presentan como perdidos, los recuerdos, el mundo, que no formaban parte del inventario inicial resumido en los primeros versos, ahora acceden al poema y eso no deja de ser un acontecimiento. Porque la alusión a la pérdida no solo remite a lo perdido, sino también a una dimensión de sí misma que no ha naturalizado su cautiverio, y por eso Ponce puede decir que se siente extraña de sí. De modo que si es cierto que quien conoció “la simple alegría de estar libre” ya no puede reconocerse en ese cuerpo apresado, no menos cierto es que desde ese mismo cuerpo se está forjando una pregunta por la propia condición de sí mismo del cuerpo cosificado.

Cuando ello ocurre, el terreno de la lucha, el movimiento del poema, el trabajo con la palabra, se desplaza aún más: del cuerpo cosificado al “alma”. Lo que en la metafísica occidental servía de sostén de una grilla binaria para trazar jerarquías (el par cuerpo y alma), en el poema de Ponce forma parte de una lucha para encontrar un espacio de libertad en la ESMA. La idea de “alma” recupera de algún modo su significado histórico: hálito de vida, voz, el aire mismo del soma, del cuerpo.

Con todo, y porque no es posible salirse como si nada de la materialidad opresiva del centro clandestino, el poema constata que el “alma” también está presa. Sin embargo, el movimiento de la resistencia se ha activado; y por eso insiste, prosigue, empuja a través de la palabra:

Entonces vuelvo a mirarme,
los pies,
y están atados;
las manos,
y están atadas;
el cuerpo,
y está preso;
pero el alma,



Los manuscritos de Ponce escritos desde la ex ESMA durante su cautiverio.

¡ay! el alma, no puede
quedarse así,
la dejo ir, correr,
buscar lo que aún
queda de mí misma,
hacer un mundo con retazos,
y entonces río,
porque aun puedo
sentirme viva.

Llegado a este punto, el lector encuentra que lo que comenzó con la constatación de un cuerpo cosificado ha devenido, por medio del poema, en un desafío abierto. Como si Ponce estuviera diciendo: es posible desaparecer un cuerpo, pero no un alma que está en movimiento. Esa es la verdad material, para nada idealista, que el poema ha alumbrado. El “escribo, existo” de Ana María Ponce. La idea del desafío se refuerza con la risa: la poesía es un arma que permite burlarse del dispositivo concentracionario.

Cada segundo ganado a la tortura se transforma así en una forma de combate. Pero ahora ese combate no se libra únicamente desde un cuerpo cosificado, sino desde su prolongación, que resiste: el alma que “no puede quedarse así” y que es preciso “dejarla correr” para subjetivarse en términos políticos con lo que “queda de mí misma”. Eso que queda es literalmente un resto, en el sentido de lo que no resta, lo que no descansa, lo que se afirma en la persistencia de un conflicto. Es un mundo hecho con retazos, pero es un mundo donde se puede sentir estar viva en virtud de que se está dando esta pelea. En ese mundo hecho con retazos, están también las otras almas que resisten, a las que Ponce, en otro poema, invoca:

Aquí,
estamos,
estás,
estamos,
vos, yo,
todos.
Mientras mis manos
puedan escribir
mientras mi cerebro
pueda pensar,
estaremos
vos, yo, todos
y habrá un mañana.

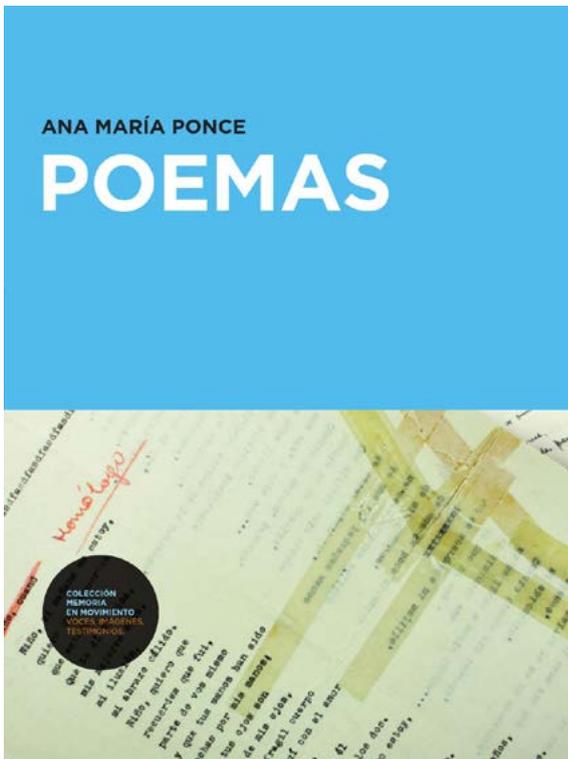
Lo que comenzó con la constatación del cuerpo atado devino así en la afirmación de un mañana en que podrán estar “todos” (los que resisten): ese es el movimiento del poema, la escritura de la resistencia de Ana María Ponce. Si ese movimiento es incesante, no clausurable, imposible de interrumpir, es porque se sostiene en luchas pasadas y venideras. Aunque las que vendrán, para librarse, deberán tener en cuenta (si es que se quiere eludir la “fuga idealista”), una pregunta que sigue siendo nuclear para la democracia argentina: ¿es posible vencer nuestra condición de sujetos aterrados por el dispositivo concentracionario?

Los poemas de Ponce anticipan una contradicción constitutiva de la experiencia democrática argentina: exhiben lo inconciliable, la imposibilidad del olvido y el perdón; también anuncian que habrá un mañana.

Gracias al trabajo de Mariana Onyszkiewicz, las aulas de la UNPAZ se transformaron en un espacio donde fue posible producir esta verdad, desplegar esta contradicción. Y ponerse a la escucha de la descomunal lucha anticipada por la libertad que sus poemas ofrecen como legado:

porque hay que buscar eternamente la luz,
la interminable lucha por derrotar
el dolor de los cuerpos,
el hambre de los ojos,
la desesperación de las voces acalladas,
porque hay que descubrir
el camino dejado
por los pies que ya no caminan,
porque hay que vencer el miedo
desterrar la duda,
llenar los insospechados rincones

del cuerpo
con el odio sublime de los perseguidos,
de los hombres verdaderos.
Ya no queda tiempo
para contarte más,
tengo que sumarme a la larga lista
de los que en nada se detienen,
tengo que continuar este grito
guerrero de los explotados
esta batalla anticipada
hacia la libertad.



Poemas de Ana María Ponce, editado por la Secretaría de Derechos Humanos en 2004 y en 2011.

Referencias bibliográficas

Calveiro, P. (2008). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.